

al cuarto del hotel que ocupabamos. Estaba yo en el balcon con vista a la plaza.

—Qué hay? les pregunté.

—Ese diablo de Benigno no quiere.

—No importa, les contesté sonriéndome con cierto aire de seguridad.

—¿Tienes alguna idea? me preguntó Granados.

—Alli está el filon que tenemos que explotar.

Y diciendo esto señalé al General Aguirre que estaba tambien en el balcon de su casa rodeado de varios oficiales.

CAPITULO XXXIII

PERSPECTIVAS.

—Cuando ya estuvieron un poco encarrilados nuestros trabajos de propaganda revolucionaria en San Luis Potosí, aunque sin contar con nada enteramente seguro todavia, Toledo y yo salimos para Monterey dejando a Granados encomendada la fácil tarea de seguir cultivando las mejores relaciones con el general Aguirre, con el coronel Orellana inspector de las guardias nacionales del Estado y con el coronel Dávalos jefe de las mismas, así como con los gefes de la 3ª Division que simpatizaban con nosotros.

Considerábamos de una capital importancia nuestra entrevista con Gerónimo Treviño, pues alli era donde veíamos el foco y el triunfo de la revolucion: teníamos noticias de que las relaciones de ese gobernador de Nuevo Leon y Juarez estaban muy tirantes, al

punto casi de romperse y se nos presentaba un magnífico golpe de oportunidad, del que salía garante Toledo por conocer de una manera íntima á aquel jefe con quien habia hecho gran amistad en las anteriores campañas. Si llegábamos á contar con Treviño, el negocio estaba hecho, pues que entonces tendríamos á nuestro lado unos tres ó cuatro mil valientes frontezos y cuatro Estados de importancia, cuyo choque no podria resistir el gobierno de D. Benito que no tenia ya ningun apoyo en la opinion pública.

Encontramos al general Treviño cerca de la ciudad del Saltillo en camino para México y tuvimos que regresar á esa poblacion que ya habiamos dejado á la espalda para tener con él una detenida conferencia en la cual se mostró desde luego muy interesado.

La confianza ademas con que observé que se trataban Toledo y Treviño me hizo esperar mucho de este jefe á quien solo de reputacion conocia. Yo lo único que le pedia era que fuera sincero con nosotros: si su viaje á México tenia por objeto ponerse bien con el gobierno, estaba muy en su derecho para seguir ese camino que era el que podia convenirle como gobernador de un Estado; pero si en su conciencia estaba que la conducta del gobierno general era reprehensible y no solo reprehensible sino merecedora de ejemplar castigo, entonces debia manifestársenos franco y partidario de la revolucion.

He aquí un resumen de sus palabras:
—Simpatizo con los hombres que van á tomar parte en esa revolucion: todos han dado pruebas de pa-

triotismo y todos se han señalado por sus sentimientos liberales; han sido mis compañeros de armas y me inspiran la mayor confianza; pero yo tengo un carácter público que me impide subalternarme á otro y dudo que los demas quieran aceptarme y reconocermelo como jefe del movimiento. Por otra parte: en la actualidad carezco absolutamente de recursos pecuniarios lo mismo que de elementos de guerra para ponerme frente á frente de las tropas regulares con que cuenta el gobierno general. Teniendo ambas cosas, todavia me pensaria mucho antes de filiar me en una empresa en que arriesgaria mi gobierno, en que comprometeria mi porvenir, sin que nada positivo encuentre en el otro platillo de la balanza.

¿Que es lo que voy á buscar con vds.?

—La libertad de la patria, exclamé yo, la soberania de los Estados que estan reducidos á la esclavitud, la práctica de la democracia que es hoy una burla....

Treviño se sonrió y se apresuró á contestarnos:

—No creo que D. Benito Juarez sea tan culpable como se le supone, ni creo que el que viniera en su lugar habia de gobernar de otro modo. La concentracion del poder está en nuestro carácter de tal modo, que yo que me tengo por muy demócrata procuro tener autoridades civiles y militares en todos los pueblos del Estado que hagan ciegamente cuanto yo les mando. No se puede concebir el poder entre nosotros sin algo de absolutismo, tanto porque el pueblo no está educado para otra cosa, como porque estamos acostumbrados los mexicanos ó á ser ciervos humildes ó á ser caciques endemoniados.

Abrumado por nuestras réplicas encaminadas á que nos diera una resolucion definitiva, nos dijo al fin despues de abrazarnos:

—En todo caso yo voy á México para ver por mi mismo la situacion. Si el gobierno no accede á las pretensiones que llevo en beneficio del Estado de Nuevo Leon, del cual soy el primer magistrado, es probable, casi seguro, que volveré solamente á pronunciar-me con vds. Entre tanto pueden vds. esperarme en Monterey, sin que esta espera les cueste nada, pues ya los recomiendo con mis amigos para que les proporcionen los recursos que necesiten y para que les pongan en contacto con toda la gente de accion que se irá con vds. Si yo no me pronuncio, siempre podrán contar con los hombres mas valientes de la frontera: de todos modos, son vds. mis amigos y con algo debo auxiliarlos para su empresa.

Yo mismo escribí las cartas en que nos recomendaba con sus amigos de mas valía, despachándome á mi entera satisfaccion; pero probablemente por el correo escribió en diverso sentido, porque fuimos recibidos con marcada frialdad, no se nos proporcionó ningun recurso y ni siquiera podiamos dar un paso libremente, pues se ejercia sobre nosotros la mas estricta vigilancia, al extremo de haberse criado cuatro plazas de policia reservada para que dos nos cuidasen en el dia y los otros dos por la noche, sin llegar á perdernos de vista.

Toledo á pesar de estas contrariedades seguia diciéndome que él tenia la mas absoluta confianza en

Treviño y que esperaria con fruto su regreso. A los cinco dias de permanencia en Monterey, despues de convencerme de que no sacariamos de allí ni un partidario, me volví yo solo para San Luis Potosí, en donde cuando menos se nos dejaba columbrar en lontananza alguna perspectiva.

—General, le dije á Toledo, siento mucho que vaya á quedar sumida en este pozo su actividad.

—Ya verá vd. como no se pierde el tiempo del todo.

—Yo me alegraré; pero si recibe vd. un desengaño le suplico se dirija á Zacatecas. Allí nos reuniremos antes de dos meses.

—Escribame seguido.

—¡Adios!

En S. Luis Potosí me encontré al coronel Granados en la misma situacion en que le dejé cuando nos separamos, y peor aun en cierto respecto, pues habia gastado los recursos. Siempre que él tenia nuestra caja comun sucedia lo mismo: en tres dias despachaba quinientos, mil, ó dos mil pesos, con la mayor frescura.

Entonces se nos ocurrió dirijirnos á nuestro amigo el hombre influente de Querétaro pidiéndole una cantidad pequeña para sostenernos quince dias, que era todo lo que necesitábamos, pero no la obtuvimos y seguimos viviendo de nuestro crédito particular. En circunstancias como estas que eran entre nosotros tan frecuentes, Granados tenia un *sans fagon* admirable. En los tiempos de penuria era cuando rociaba las comidas con Rhin y Champagne y cuando se

mandaba hacer mas elegantes trages. No sé en donde diablos habia aprendido á darse todos los aires de un gran señor. tronado.

La lucha electoral en el Estado de San Luis se ponía mas ardiente, segun lo estaba indicando como un termómetro seguro el tono de los periódicos, proclamas y manifestaciones. Era el momento propicio para apoderarnos de las pasiones que estaban excitadas hasta noventa grados de calor, no faltando que subieran mas que otros nueve para que se les viera estallar.

Entonces fué cuando realmente empezamos á conspirar poniéndonos de acuerdo con el coronel Orellana, el teniente coronel Dávalos y el comandante Narvaez que eran los gefes de la guardia nacional. Les comunicamos francamente todos nuestros proyectos y estuvieron conformes en iniciar la revolucion si llegaba á presentarse una coyuntura favorable, haciéndonos observar desde luego, y con mucha justicia, que por mas apoyo que tuviéramos en los otros Estados, de pronto no contábamos mas que con un efectivo de ciento cincuenta hombres, mientras que la 3.^a Division tenia dos mil que eran mas que suficientes no solo para sofocar una intentona nuestra poniéndonos en ridículo, sino para pulverizarnos en cinco minutos si no tropezábamos con otras dificultades para hacer nuestro movimiento.

—Efectivamente, contestamos nosotros, pero muy pronto contarémos de un modo seguro con algunos cuerpos de la federacion.

—Tenemos al coronel Osorio de nuestra parte y puede decirse que nos seguirá toda la artilleria, dijo Granados con entusiasmo.

—Bueno, contestó Dávalos, que era un poco desconfiado, necesitamos asegurarnos de la lealtad de esos gefes, debemos tener una junta con ellos.

—La tendremos esta misma noche.

La tuvimos en efecto, de muy pocas personas, de ocho á lo mas, y al dia siguiente sufrimos el disgusto de saber que nuestra conspiracion habia sido denunciada al gobernador, detallándosele hasta las mas mínimas circunstancias. Por fortuna aquel funcionario ó no dió crédito al chisme ó confió en que se le seguiria poniendo al corriente de lo que pasara, el hecho fué que no desplegó contra nosotros ninguna medida preventiva ni de rigor, limitándose á mandarnos decir que tuviéramos mas cautela para conspirar porque todo se habia traspirado.

La pugna entre la legislatura y la fuerza armada comenzó á hacerse mas abierta, contribuyendo á ese resultado un imprudente decreto de la primera en que cohibía el derecho de votar de los militares: como nosotros, imparciales en la cuestion local, teníamos amigos en uno y otro bando, nos fué fácil ayudar á que aquel encono se enardeciera, siendo este el único medio que veíamos de poder llevar adelante nuestros proyectos. En mis ratos desocupados escribia vehementes artículos para una y otra banderia indistintamente, los que se publicaban bajo la fé de un firmon en los respectivos periódicos,

los cuales llegaron á formar entre los partidos una barrera insuperable que impedía hasta la sombra de una reconciliación.

Al principio se habían fijado poco, como sucede siempre, los hombres de armas, en el audaz decreto de la legislatura que les privaba de sus derechos electorales, pero dos ó tres artículos furibundos vinieron á abrirles los ojos, consideraron la medida colmada y fué lo que vino á darnos á nosotros la clave de la revolución. ¿Quién lo diría? Fuimos nosotros en esa vez, los que tuvimos que decir á los más ávidos de luchar en el terreno de las armas que aguardaran un poco.

Necesitábamos contar con el general Aguirre, que era el candidato del gobierno del centro, para que este vacilara en los primeros momentos antes de atacarnos; pero aquel naturalmente se resistía, creyendo que el brazo fuerte conque contaba no lo abandonaría.

—Pero no ve V. general, le decíamos, que no se le deja ya ninguna esperanza de triunfo electoral? ¿Con qué cuenta Vd? Las autoridades políticas son del gobierno. Los electores principales son del gobierno: el voto militar que era lo único que quedaba á su favor está nulificado. Vamos, ¿con qué cuenta V.

—No cuento más que con la lejana protección del gobierno, pero aun esta perderé si cojo el poder revolucionariamente.

—Mas esperanzas tiene V. de elevarse por medio

de las armas, seguro de que lo apoyará el ministro Lerdo. Si V. se deja derrotar en las elecciones, como ya lo estamos viendo, no cosechará V. más que las burlas de sus amigos y protectores.

—Está bien, contestó cuando se vió muy estrechado por nuestros argumentos, vamos esperando el pretexto que se nos va á dar el próximo domingo que es el día de la votación. De seguro que nuestros agentes serán atropellados, que se rechazará á los militares, que se cometerán otros abusos. . . . entonces ya podré escribir á México que no tenemos más recurso.

—Convenidos. Pasado el domingo en que vamos á ver claro que no hay medios legales posibles. . . .

—Damos el golpe, contestó Aguirre.

Entonces nos salimos de allí radiantes de alegría, dispuestos á trabajar con todo vigor porque fuera completamente derrotado nuestro caudillo en las elecciones.